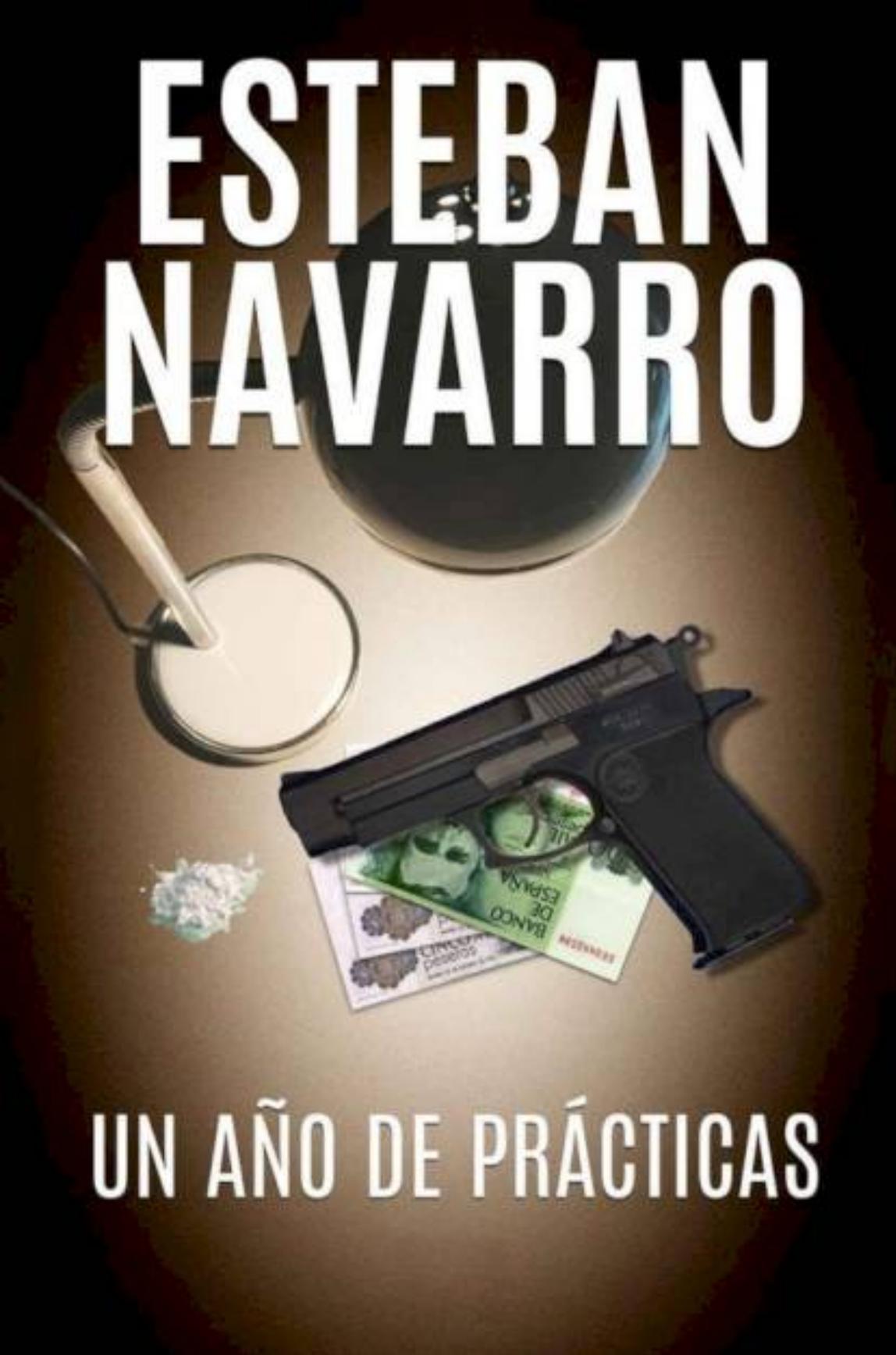


ESTEBAN NAVARRO



UN AÑO DE PRÁCTICAS

Corre el año 1997 cuando Rebeca Marín, hija de un militar de rango, decide presentarse a las pruebas de acceso de la Policía Nacional, contraviniendo los deseos de su madre. Tras superar el proceso selectivo, y pasar nueve meses en la escuela de Ávila, su primer destino es Barcelona.

En unos días, un inspector con mala fama entre el resto de compañeros, aparece asesinado de un solo tiro en la cabeza. Las primeras investigaciones arrojan que quizá el asesino es otro policía, porque la bala coincide con el arma reglamentaria. Esa noche, Rebeca se percató de que le han robado su pistola. Una llamada anónima le ofrece un trato: recuperar su arma a cambio de algo que ella tendrá que hacer. Si no acepta, la podrían acusar del crimen.

Contenido

Advertencia

1. La oposición
2. Alumna
3. Sexo, drogas y rock and roll
4. El congoleño
5. Últimos días
6. Un porro no hace daño
7. Policía en prácticas
8. Juliana
9. El flexo
10. El probador
11. Hasta otra
12. El peso del arma
13. ¿Dónde está mi pistola?
14. Hija de puta
15. ¿Has sido tú?
16. ¿Qué quieres de mí?

17. ¿Cómo me las arreglaría yo?
18. El piso de NN
19. Esas dos se conocían
20. ¿Se acabó?
21. De marcha con las compañeras
22. ¿Sabes quién soy?
23. Diez mil pesetas
24. La primera media hora
25. La segunda media hora
26. Una carambola
27. Aminata te lo dirá
28. ¡Joder, Aroa!
29. Cambio de destino
30. Irregularidad dentro de la regularidad
31. Compuesta y sin novio
32. El Rayo 1000
33. El Sócrates
34. No hay problema, si haces lo que tienes que hacer
35. Solo deseé que llegara el lunes
36. No sabía si estaba enferma

37. Acuéstate solo con gente de confianza
38. El Bagdad
39. Arriba, abajo, al centro y para adentro
40. Judicial
41. El último día que vi a Aminata
42. El señor Blanco
43. El jodido punto dos
44. El cine mafioso
45. Sin escapatoria
46. Y entonces conocí a Sandra
47. ¿Me espían?
48. Madre no hay más que una
49. Aroa, hija de puta
50. ¿Sabes por qué he venido a verte?
51. ¡¿Te tiraste a Paquetebuzo?!
52. El mundo es un pañuelo
53. El disfraz
54. ¡Siga a ese taxi!
55. En el aeropuerto
56. Me rechazó, girando la cara

57. ¡Muy harta de todo!
58. ¿Prueba? ¿Qué prueba?
59. El señor Verde
60. Un hermano independentista
61. Sandra era diferente
62. Caimanes
63. El bar Osiris
64. El bar Diagonal
65. El bar Córcega
66. El bar Granados
67. Todo saldrá bien, ya lo verás
68. Los nombres
69. Los expedientes
70. Karina Aminova
71. Míriam, ¿tú también?
72. Fatoumata Jawo
73. Asuntos Internos
74. Un niño
75. Yo no quería ir a Zaragoza
76. Pero nada volvió a ser como antes

77. Carcamales dentro de la policía
78. El Nani
79. Revisión de expedientes
80. Corrupción y más corrupción
81. Gonzalo
82. Jamones y cava
83. Y llegó la Navidad
84. Una lacra
85. 1999
86. El retorno del señor Blanco
87. Segunda carta a Asuntos Internos
88. Y Miguel nació
89. Se lo conté a mi padre
90. El comisario Villa-Rojo
91. Ejecutado
92. Jura de cargo
93. Últimos días en Barcelona
94. Me aproximé hasta ella
95. La estafa de las Dietas
96. Manos a la obra

97. ¿Es esa la madre del negrito?
 98. El reencuentro con Sandra
 99. Toda acción trae una reacción
 100. Ocurrió lo que tenía que ocurrir
 101. No puedo decirle la verdad
 102. Sandra me insufló fortaleza
 103. ¿Quién eres?
 104. Infiltrada
 105. No se acabó el mundo
- Nota del autor

A Ester

A Raúl

A Ester

A Raúl

Y así sucesivamente, hasta el infinito

«Hoy, cuando he salido de mi casa, he visto a un tipo en la calle, y solo con dos miradas, decidimos hacer el amor».

VALERIE TASSO, *Diario de una ninfómana*.

«Si uno se enfrenta a unos narcos que han consumido coca o speed, siempre viene bien estar farmacológicamente a la par, así que Malone engulle dos cápsulas de Dexedrina».

DON WINSLOW, *Corrupción Policial*.

Advertencia

Los lugares que aparecen en esta novela están inspirados, con libertad creativa, en lugares reales. Algún personaje, y algunos hechos narrados, se inspiran en sucesos reales, pero con la misma libertad en su recreación. Esta novela ha de considerarse, en todos los casos, fruto de la invención del novelista, y no debe ni inducir ni atribuir conductas, acciones o palabras a ninguna persona real. Cualquier parecido con la realidad, es una mera coincidencia.

Vaya por delante que los valores que representa y transmite la Policía Nacional española, están libres de toda duda.

1. La oposición

Cuando echo la vista atrás, después de haber cumplido veinticuatro años, me doy cuenta de que realmente nunca hice nada especial o destacable en mi hasta entonces insulsa vida, al menos hasta que cumplí los veintiuno. Estudié la educación primaria, como todo el mundo. El bachiller, como casi todo el mundo. Y luego fui a la universidad. Mis compañeras de clase, desde que cumplimos los catorce años, siempre estaban hablando de sexo. La mayoría, al menos de boquilla, se habían tirado a la práctica totalidad de chicos guapos del colegio, instituto o universidad, según correspondiera en cada época. Yo, por mi parte, nunca me había atrevido a algo más que unos inocentes besos o algún toqueteo esporádico. Pero, cuando hablábamos de ello entre nosotras, yo siempre asentía como si ya hubiera tenido varias experiencias. Recuerdo que en esos años, a finales de los ochenta y principios de los noventa, a una adolescente que hubiera tenido muchas relaciones, se la trataba como a una buscona, mientras que a los chicos se les aplaudía. Ya, por aquel entonces, me percaté en las diferencias notables que había entre los hombres y las mujeres.

—Rebeca, el mundo es de los hombres —me dijo mi madre en más de una ocasión.

Vivíamos en la calle Jerónimo Zurita, de Zaragoza. Mi padre era militar de rango, coronel del ejército, por lo tanto chapado a la antigua. Y mi madre, trabajaba como dependienta en una perfumería de la calle del Coso. A mi padre no le gustaba que ella trabajara, porque suponía un descré-

dito hacia él. Aseguraba que un hombre de la cabeza a los pies, era aquel capaz de sostener económicamente a su familia.

Cuando cumplí los dieciocho, comencé a exigirme a mí misma que algún día tendría que independizarme. En esos años, el proteccionismo de mi padre se me hizo insoportable, cuando lo comparaba con la sumisión de mi madre. Y, con la rebeldía empujándome, decidí que jamás sería ni como él, ni como ella. Recuerdo que, en contadas ocasiones, a mi padre lo acompañó a casa un militar joven, y muy atractivo, conduciendo un coche de las Fuerzas Armadas. Ese soldado estaba cumpliendo el servicio militar y lo escogieron como chófer de los mandos del ejército. Conducía un Renault Laguna de color verde, que aparcaba frente a nuestro bloque. En esos años, tanto mi padre, como el soldado, solían vestir de paisano en los desplazamientos urbanos porque, aunque la actividad terrorista había decrecido, ETA aún mantenía su capacidad criminal intacta. Yo no podía estar delante de ese soldado sin sonrojarme, por lo que lo evitaba. Mi madre se había dado cuenta, y en alguna ocasión me lo mencionó:

—Ese chico te mira con ojos de amor —me decía.

Pero yo pensaba que el primer paso para no ser como ella, pasaba irremediabilmente en no casarme con un militar. Confieso que hasta ese momento, algunos hombres me seguían pareciendo atractivos.

Cumplí los veintiuno en febrero de 1997 y, como no había concluido los estudios de filología hispánica, unos meses antes había decidido presentarme a las pruebas de acceso del entonces Cuerpo Nacional de Policía. Pensé que lo mejor que podía hacer era colocarme como funcionaria y así tendría un sueldo fijo para toda la vida. Cuando se lo dije a mi familia, mi madre, como era de esperar, no autorizó que yo quisiera ser policía. Para ella era como si yo siguiera los pasos de mi padre, y no hay nadie que odie tanto a los militares como la esposa de un militar.

—Pero, hija —me dijo a punto de llorar—, por qué no te empleas en una tienda de ropa. ¡Ay! —exclamó—. Con lo que te gusta a ti la moda.

A mí jamás de los jamases me había interesado la moda. Pero para mi madre serviría cualquier excusa con tal de que no me metiera en la policía.

Por su parte, mi padre se sintió orgulloso de que su única hija le siguiera los pasos; aunque fuese en la Policía Nacional.

—Y si no siempre podrás probar en la Guardia Civil —me dijo, como si eso fuese un consuelo.

Ese mes, el de mi cumple, leí con ilusión, como mi nombre figuraba en la lista de admitidos para ingresar en la policía. Había aprobado la oposición a la primera, cuando otros opositores necesitaban varios años. Y en septiembre me fui un año a Ávila, a la Escuela Nacional de Policía.

2. Alumna

Había llegado a tal punto de hartazgo en mi vida, que creí que un cambio me vendría bien. Para mí, la academia de policía suponía una independencia parcial, ya que desde septiembre de 1997, cuando ingresé, hasta junio de 1998, cuando saldría de prácticas, estaría alejada de mi hogar. Y nada me apetecía más en esos momentos.

Compartí habitación con otras tres compañeras, lo que al principio era un incordio. Mantener a cuatro chicas en una habitación de apenas ocho metros cuadrados, cada una con su cama, armario y escritorio, era una situación estresante. En la habitación teníamos un único lavabo y, tanto los inodoros como las duchas, estaban en un enorme aseo que había al final del pasillo.

Ana era morena, de labios carnosos y pelo corto. Begoña tenía el pelo rubio; a causa del tinte que se ponía cada mes, y la boca pequeña. E Inés era una canaria de pelo castaño y dientes abiertos. No eran malas compañeras, pero como yo me había criado sola, como hija única, me costó acostumbrarme a compartir un espacio tan pequeño con otras tres mujeres.

El módulo de las chicas estaba aislado del resto de módulos de los alumnos varones. Yo lo percibía como un harén insondable en medio de un ejército de salvajes. El ambiente era bueno, pero había que tener en cuenta que éramos un grupo de mil personas, jóvenes, libres de enfermedades, guapas y con unas ganas tremendas de disfrutar. La escuela disponía de todo lo necesario para hacer la vida